

## Poema

Víctor Sosa

XVI

Todo esto es un decir: un dinamo  
(f. fís. Máquina destinada a transformar  
la energía mecánica —movimiento— en  
energía eléctrica — corriente— o viceversa  
por inducción electromagnética). Por eso  
digo dinamo: es un decir inducido  
lo que pasa aquí; sí,  
la física explica la poesía:  
una contracción muscular propensa  
a ser registrada gráficamente; pero  
la poesía no explica la física: ésta  
no es una contracción muscular propensa  
a ser registrada gráficamente, porque  
la poesía tampoco lo es. Todo esto  
es un decir que no dura. Dinamo: dí  
te amo pero tamízalo en el mar de Omán  
que linda con el océano Índico en Arabia, dí  
te quiero y pulveriza el templo, acicalando  
el luto en el mantel de flores donde ni el vino  
faltará cuando te encuentre, dí te extraño  
—dilo así, sin bajar demasiado la voz— y mira  
—mira con los ojos de la voz— cómo el cielo  
la dibuja, la fija en una nube fugaz y la disuelve  
en esa alegre tempestad que estalla  
cuando ella no está.

Decía acacia. Decía por la boca acacia fresca cuando sonreía (ésas que lloran por inmensamente felices cuando el viento las marea en verano, mimosáceas). Y entonces yo la acariciaba. Yo que era un caballo bermellón sabía de caricias y de acacias. Ella me hacía ver. ¿Ves —me decía a veces— la gota en medio del río? ¿El cuerpo liso, húmedo, de la Única? Ella hace la marea visible —me decía—, hace en la visible marea su granero, su estancia de mover, de allí salpica y salta ante la roca, se irisa al sol en lo breve y cae —no sé si cae o tal vez se zambulle de nuevo en lo continuo. Luego hacía silencio para dejar. Siempre dejaba. No habría la boca para nada, ni para decir. Todo aquello que decía lo hacía —así era ella. Los viajes eran lo mejor, la fuerza en esos viajes. Cuando viajaba dormía en el caballo; algo en su respiración tañía; creaba un color en el aire, un aroma triangular, sin crepúsculo. Yo no hacía otra cosa que escuchar. Es verdad que a veces hacía nidos (de hornero) —ella entendía el espesor de mi intento: señalaba algo para que ardiera, aparejando el fervor hablaba con el fuego —no me miraba entonces— hablaba con el fuego hasta que el fuego se hacía fuente, chorro de ámbar detenido, cristalino, y a veces crisálida. Comíamos, silenciosos, cansados, en la orilla,

un trozo de pan ázimo —así era. No retornaba, la Distinta no tenía destino ni verdades para descifrar; frisaba el mundo, sin mácula como la calandria (muy semejante a la alondra); componía poemas, yo creo que componía poemas a la manera del de Éfeso (¿540-480? a. de J.C.), aunque eso no me consta. Me consta, sí, que cantaba, sin pausa lo hacía hasta que el canto era un silente sembradío de sonos sobre el mundo, un mundo igual al canto igual al mundo. Yo enmudecía —no hacía otra cosa que escuchar. Yo que a un caballo bermellón acariciaba el anca del mundo, cuidaba en mi silencio su sonido; bajito, silbaba por los belfos y venían de lejos los pájaros —tucanes, tordos, tijeretas, teruteros, galantes garzas blancas que venían—, aves de un orbe mudo y melodioso haciendo en ese canto su morada. Digo lo que yo vi —que otros repitan, si quieren, lo contrario. Pero esa mirada no se borra. ¡Qué mirada la de ella! ¡Qué manera de amar en la mirada! Quena de luz que quema —le decían. Era: como una fálica diosa que se alza la falda y detiene en su gesto por un momento al mundo; como Francisco y Agustín comiendo juntos. Era: como si lo poroso fuera lo compacto: el poro y el tacto. Era: como ahora, vigilante-indefensa la facciosa. Comandaba potros —¿cómo? no lo sé. Y sé que era: como un complot de la virtud —qué hermoso; como los *Dináricos*, o *Dalmáticos*, o *Ilíricos* (nudo montañoso de la ex-Yugoslavia —Bosnia y Herzegovina— paralelo a la costa del Adriático); como una Última Cena (de Leonardo), o un *déjeuner sur l'herbe*. Era —y con temor a repetirme—: virtuosa y valiente, pero antes que valiente era blasfema porque sobre todo era virtuosa. Amaba el riesgo —¿ya lo dije?—

sabiéndose exponer, mostraba su herida como Beuys, y si de carne hablamos, ni hablar que era de carne, de órganos y flujos y tendones —o fonemas, en caso de la voz—, como una gracia dada en el momento mismo de encarnar. De carne era al querer. Era: un tambor en la noche, intocado, sonando; como si fuera el polen, así de leve se elevaba, cubría el sol si quería, dorando en derredor. Y había quien no la veía: como torpes topos sin ton, ni soneros eran, ni nada: sombras, sonámbulos, *espíritus hambrientos y sedientos*. Buddhas y bodhisattvas y Rinzai —quien dejó escrito o dijo: “Los movimientos surgen de las partes abdominales y el aliento que atraviesa los dientes produce diversos sonidos. Cuando se articulan tienen sentido lingüístico. Así comprendemos con claridad que son insustanciales”—, yo creo que sí la veían. Verla era una fiesta como en Eleusis (al noroeste de Atenas, donde había un templo de Deméter); era al verla que uno bailaba en la quietud del estupor, como una perla. ¡Y qué asombro asomaba en la cara al sentir cómo ella bailaba! De común acuerdo con todo, contonea; conviene mirar que, cuando baila, no deja de obrar —exonera y construye, con una mano hace lo que deshace con la otra; ama sin pasión el proceso, las situaciones donde entra y sale como si no estuviera dedicada (y a nada está dedicada); se expresa en libertad. Así de verdad era: verdadera, no vacía, ni vacilaba al llamar las cosas por su hipotético nombre. Yo amaba — en mi caso con pasión— esa elocuencia ubicua de la Loca —morena— de-brasa-encendida-en-los-pies-; como podía amaba a la Imposible: haciéndola en el sueño la tatuaba; siempre, en el aire indistinto, era distinta; daba trabajo verla. Liturgia también hice de su Venus —prominente monte que trepé para postrarme— al encontrarla, allí, florida y en ofrenda. Y ahora veo claro: es claro que la veo. Sin límites que puedan detenerme galopo sus comarcas infinitas, veloz el galgo que, bajo mis patas, al levantarse el polvo

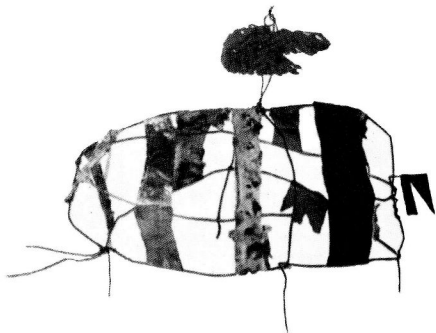
se dibuja; sombra de las acacias en la grupa,  
risa de ella en la sombra y risa, también de ella,  
en el sol —hasta que rastra entre los rastrojos es su risa.  
Galopo en ese ritmo que es su nombre; pulcro  
salto el horizonte y caigo —enclave de ella  
en todas partes— tranquilo y fuerte sobre su virtud.  
Así me aferro al cambio —acaso como acacia  
que en la tierra subir su savia siente— y me demudo  
y antes que nada —y después que nada—  
y en todos los sentidos agradezco.

Algo lleva en el pico.  
Lleva algo en el pico ese gorrión  
que no roza la tierra con sus patas  
—sí roza el aire que hiende. Un  
invisible rosal el aire ciñe  
quemándolo veloz.

Es alegre esa luz  
que en la inquietud descansa.  
Es alegoría de sí mismo y sin embargo  
¿qué lleva ese gorrión? ¿qué enciende aquél  
para que en el aire quede? Esa  
luz es alegre.

Lo abre ahora.  
Extiene lo diáfano en la rama  
y en ese canto el árbol se ilumina;  
propulsa en aire la madera su luz  
abriéndose en la savia.

Algo en el aire del pico, acaso  
aquéllo que mañana arderá  
en el carbón del árbol: diamante,  
manantial. Algo  
en el aire de aire  
lleva.



*Animal (o animales) vacíos*, alambre, plomo, esponja,  
cobre, trapos, pintura acrílica, 22 x 45 x 30 cm.